

cuerpos, cambios sucesivos más o menos profundos, donde las enfermedades tomaban su origen, su sello característico y su gravedad.»

Y añadía, comentando:

«Hoy como ayer, el porqué — los porqué — de las cosas, permanece ignoto santuario, cerrado siempre a todos los investigadores — ignoramus et ignorabimus —. Los sabios al encontrarse una y otra vez detenidos en su empeño, experimentan atormentador sufrimiento de vencidos, que, a unos, lleva a un renunciamento resignado o colérico ante lo incognoscible, y a otros, arroja humildes y fervorosos ante Dios.»

Perdonadme lo largo de la digresión.

Decía, que, las antiguas leyes de Manu disponen abluciones. En aquella era, las novicias se bañaban diariamente y los feligreses habían de darse por lo menos frecuentes pediluvios y enjuagarse la boca, luego de las comidas.

Las prescripciones, variaban según las castas: «para un brahman, el agua debía llegarle al pecho; para un sudra, bastaba con que se mojara labios y lengua».

Las abluciones habían de hacerse siguiendo determinada liturgia: «Después de las comidas, el hindú debía lavarse la boca de manera conveniente (no puntualiza la forma) y echarse agua en las seis partes

huecas de su cabeza: ojos, narices y orejas.»

Y estotra curiosísima: «El cuarto día de su mal mensil la mujer va al río a purificarse: marcha con la cabeza baja, temiendo buen cuidado de no mirar a nadie, porque, solamente su mirada impurificaría a los que la sufrieran. Entra en el agua y se zambulle doce veces. Durante el baño también debe vigilar cuidadosamente que su mirada no se pose sobre alma viviente, para ello, cada vez que saca la cabeza del agua, sus ojos deben dirigirse inmediatamente al Sol.»

Los griegos aunque, dijimos, que habían hecho desaparecer lo sobrenatural de la medicina, recuerdan siempre en sus normas higiénicas a la antigua higiene religiosa. Como los asiáticos, usan abluciones para purificarse y tienen dioses purificadores. Píndaro, llamado príncipe de los poetas griegos, escribió hace muchos siglos: «el agua es lo más grande del mundo».

Las abluciones entre los romanos fueron copiadas de los griegos.

Se lee en el Corán: «oh, creyentes; cuando os dispongáis para la plegaria, lavaos la cara y las manos hasta el codo, enjuagaos la cabeza y los pies hasta los talones». Y, añade previsor: «Pero cuando estéis enfermos o de viaje, si no encontráis agua, frotaros la cara